

HUMANIDADES

EL DETERMINISMO DEL HAMBRE

I

La muerte hace poco acaecida (1) del sabio biólogo español R. Turró ha llevado mi pensamiento a su obra fundamental, su profundo estudio de los orígenes del conocimiento en que sostiene y desenvuelve con gran riqueza de observaciones y mucha fuerza de razonamiento científico su teoría sobre el papel del hambre en la génesis de la función mental de conocer y juzgar.

La teoría hace ascender la conciencia individual, cuya substancia, según Unamuno, es el espíritu, de la más primitiva y material de las acciones orgánicas : comer. Todas las formas del pensamiento son, pues, descendientes en línea recta, aunque puedan serlo relativamente lejanos, de la elementalísima impulsión a la busca del alimento. Esta tendencia, que asoma como una de las primeras manifestaciones de la vida animal, es la raíz de la inteligencia. Y si el espíritu se pone por el conocimiento (« representación de lo real por medio de imágenes ») en contacto con el mundo externo y llega a compenetrarse con él — el espíritu entra en la realidad exterior; la realidad exterior entra en el espíritu, — es porque el hambre ha puesto antes el organismo en contacto con esa misma realidad y él se ha sentido impulsado a buscar en ésta el camino de su nutrición. En la operación de nutrirse el animal no pone instinto ciego, o sea innata

(1) Este trabajo fué escrito hace más de un año.

adivinación de lo que le es necesario para satisfacerse, sino entendimiento. Realiza una experiencia que le permite ingerir la substancia conveniente, y esta experiencia que comienza por ser un simple hecho biológico, termina siendo un hecho cognitivo. En esa experiencia que enseña al organismo a apropiarse de las substancias que han de nutrirlo debemos ver el origen del conocimiento, porque si en un principio es ciega, luego se hace psico-fisiológica y al fin es razonada y consciente. No son, por lo tanto, las primeras impresiones sensoriales, como antes que él se creía, las que inician el proceso que concluye en el sentido de la visión espiritual para las formas del mundo exterior, con la facultad prócer de distinguir las diferencias, advertir las similitudes y descubrir la naturaleza de cada cosa. La sensibilidad trófica, que es interna, impone la necesidad del alimento; y a esa sensibilidad se subordina la sensibilidad externa, la que está en la periferia del animal, porque sólo así puede éste conocer la materia alimenticia. El conocimiento de la realidad exterior tiene su punto de partida en la experiencia trófica que establece las primeras diferenciaciones a los efectos de la alimentación. La diferenciación de de las sensaciones externas viene despues.

II

Turró (*Orígenes del conocimiento. El hambre*) investiga los orígenes del hambre y los halla en las diferencias substanciales del medio interno que no puede proporcionar a las células los necesarios elementos reparadores. « El medio interno, verdadero nutrimento celular, en vez de proceder directamente de la absorción, es fundamentalmente por su composición el producto de una elaboración fisiológica resultante del concurso de los más diferentes elementos celulares. La vida funcional de esas agrupaciones celulares homogéneas que llamamos tejidos, no sería posible si unos tejidos no suministrasen a otros elementos de reparación, que la absorción intestinal es por sí sola incapaz de proporcionarles. » En el interior de la célula y en su ambiente se efectúan operaciones de hidratación, deshidratación, oxida-

ción, gelificación, solubilización, síntesis, que son la expresión de un metabolismo que no llega a la psiquis. La suma de productos que integran la composición del medio interno guardan entre sí proporciones definidas en condiciones normales; si estas proporciones se alteran, sobrevienen graves perturbaciones funcionales. Si imaginamos que faltan o escasean, el cambio de estado que esta deficiencia determina en la célula, causa a su vez un cambio de estado en la terminación nerviosa que en ella se implanta. Ese cambio de estado constituye de sí una excitación que, siguiendo vías todavía muy oscuras, puede despertar la actividad de un órgano o de varios capaces de suministrar bien las substancias que faltan, bien las diastosas que han de prepararlas de modo que al medio interno se le restituyan los materiales en que ha sido empobrecido. Esa acción nerviosa es lo que los biólogos designan con el nombre de *reflejo trófico*. « Ahora bien : la observación nos enseña que los procesos de la nutrición están sabiamente regulados ; cuando esta regulación falta sobrevienen gravísimos trastornos patológicos... Los efectos determinados por esas acciones reflejas, por adaptarse a un fin, parecen inteligentes, cuando examinados de cerca no son más que el resultado de una acción mecánica preestablecida.

« Mediante el reflejismo trófico — afirma luego — el organismo vive a expensas de sí mismo. Esa agua, esas sales, esos plasmas que los elementos celulares ceden a su medio ambiente, en una forma u otra han de serles reintegrados, so pena de sucumbir por inanición.

« La excitación trófica desprendida del elemento celular se extingue cuando produce su efecto y al medio interno le son acarreados los principios que la determinaban ; mas si por hallarse en vías de agotamiento las regiones celulares de que se desprendían, no son saturadas las deficiencias de ese medio, la excitación subsistirá perennemente mientras la restitución no sobrevenga.

« De conformidad con la teoría de Pfheger hemos de admitir que esa excitación, por el sólo hecho de persistir, en vez de limitarse a recorrer el circuito del reflejo que antes seguía, ganará vías más altas, y como ni aun así sean acarreadas al medio interno las substancias que le faltan, acabará por estallar en la

conciencia a manera de un clamor en que se acusa una necesidad que no puede remediar esa sensibilidad silenciosa y oscura que hasta entonces había mantenido el organismo a expensas de sí mismo. Así es cómo se determina la aparición de la sensación del hambre.

« En realidad la sensación del hambre es en la esfera psíquica lo que en los dominios de la vida orgánica o vegetativa el reflejo trófico. Las deficiencias del medio interno en agua, glucosa, sales, determinaban una excitación que era la expresión de una avidez por estas substancias, como un hambre celular que no llegaba a sentirse porque el propio organismo saturaba estas necesidades; mas cuando así no ocurrió, no afluyendo al medio interno las substancias que la excitación demanda imperiosamente, se acusa en la conciencia como la necesidad de estas substancias. La sensación del hambre, como veremos luego, no es una necesidad amorfa o indiferenciada, sino la necesidad concreta de ingerir alimentos cuya composición química contenga, cuando menos virtualmente, las substancias que hacen falta en el medio interno. »

Y concluye: « Por los centro trofo-reguladores, la nutrición no se suspende, bien que menguan sus energías, mientras quedan remanentes disponibles de materia transformable, como no se apaga la llama mientras quede aceite en la mecha; mas por la sensación del hambre se impulsa al organismo a buscar en el mundo externo el alimento o la bebida que ha de saldar el déficit y restituir a la célula los elementos de reparación que agotaran los mecanismos trofo-reguladores.

« Con esta sensación amanece la vida psíquica. »

Analizando la naturaleza del hambre nos enseña que la sensibilidad trófica no es una sensibilidad indiferente que reacciona del mismo modo ante cualquier agente que la excite: sólo reacciona a las modificaciones del medio interno. Es de naturaleza química « capaz de diferenciar las distintas substancias de que se compone dicho medio, de una manera específica ».

Más adelante advierte que los animales, ya sea por la enseñanza paterna, ya sea por la experiencia propia, consumen, sales, aguas, hidrato de carbono, proteínas, y esos cuerpos son consumidos en una proporción fija, según sean ellos, y llega a

la conclusión de que « nos engañaríamos cuando consideramos el hambre como un impulso global que nos mueve a ingerir alimentos, pues una observación más profunda nos enseña que de los centros psico-tróficos se desprenden una suma de tendencias electivas cada una de las cuales es la expresión de una determinada deficiencia substancial en el medio interno y en los elementos celulares. « Sin la diferenciación cualitativa de las sensaciones tróficas — termina — la vida del animal no podría subsistir. »

En su opinión la química biológica, al mostrarnos la perfección con que los procesos de la nutrición se autorregulan, deja planteado un problema de naturaleza físico-fisiológica. El lo resuelve con los datos que la misma química biológica proporciona.

« Basta conocer — dice — la cantidad y calidad de los productos de desintegración de la máquina animal para poder calcular la ración alimenticia que corresponde a cada una de las substancias de que aquéllos derivan por transformaciones sucesivas; pero antes de que la ciencia hubiera formulado sus cálculos, así el hombre como los animales ya procedían como si los conocieran... Una suma de tendencias electivas les mueve en la prensión de los alimentos y prefiere su ración. El hecho es de sí sobrado elocuente para demostrarnos que existe una inteligencia inferior en que se acusan sensorialmente las impresiones que corresponden a cada una de estas substancias y que de estas impresiones parte inicialmente la tendencia que guía al animal a buscar en el mundo exterior las substancias diferenciadas que reclama el mundo interno u orgánico. »

Y afirma del siguiente modo el carácter experimental de ese « instinto » o ese entendimiento rudimentario que guía a los animales en la cotidiana aventura de su alimentación :

« Hasta ahora se ha venido llamando instinto a esa inteligencia inferior suponiéndose que el instinto contiene de sí una sabiduría instintiva cuyo origen es misterioso e indescifrable por proceder de una fuerza oculta... Nos basta conocer las experiencias en virtud de las cuales hemos llegado a saber que tal o cual alimento satisface una necesidad o aquellas con que hemos averiguado que es nocivo para que no apelemos ya a una fuerza instintiva para explicarnos su origen. »

Desarrolla después el proceso de la experiencia trófica.

« En los albores de la vida psíquica hay un problema que se presupone a todo : la necesidad de subvenir a los gastos de la nutrición. El animal no conoce los alimentos y precisa conocerlos cuanto antes. Fisiológicamente se acusan las deficiencias del organismo en los centros psicotróficos bajo la forma de sensaciones específicas; mas para saber qué cosas del mundo exterior las saturan y en qué medida hay que ingerirlas para conseguirlo, es menester proceder a su ensayo. Ese ensayo no estatuirá nunca una verdadera experiencia trófica mientras no se sulte la sensación trófica con imágenes externas; sólo por medio de esta conexión central llegará a saber que lo que satisface el hambre es lo que se acusa en los sentidos bajo una forma sensorial ya conocida por actos anteriores; caso de faltar esa ligazón entre las actividades de los centros psico-tróficos y los de la sensibilidad externa, es posible que el hambre se extinga mediante la ingestión ciega del alimento; pero el animal no llegará nunca a formular ese juicio en virtud del cual se afirma que *lo que calma el hambre es lo que los sentidos acusan como presente*. En esto consiste la operación más primitiva y elemental de la inteligencia. »

Añade que el proceso de la experiencia trófica no termina en este reconocimiento de los signos sensoriales que delatan la presencia de lo que nutre. Es necesario que el animal aprenda a triturarlos e insalivarlos para deglutirlos y poder aprovecharse de ellos. El proceso de que resulta la insalivación psíquica es asimismo la obra de la experiencia. Así como hay una época lejana en que el sujeto siente el hambre y no sabe como ha de calmarla, por desconocer los cuerpos que pueden hacerlo; y luego llega a conocerlos por medio de impresiones sensoriales fijas y diferenciales, así también hay una época en que la deglución, como la masticación, no se efectúa con facilidad debido a ciertas condiciones físicas del alimento. El deseo de su ingestión se impone por impulso del organismo y como la persistencia del alimento en la boca va acompañada de sensaciones de diverso orden, estos signos de la cosa que cuesta ser ingerida actúan a distancia sobre el centro de inervación celular. ¿Qué *quantum* de inervación corresponde al *quantum* de incitación para ablandar

el cuerpo y facilitar su deglución? Este es un problema que sólo el tanteo o el aprendizaje empírico puede resolver.

La experimentación juega para Turró un papel decisivo en la génesis y desarrollo del conocimiento. « Entre la sensación trófica, la sensación externa y la sensación gástrica, se establece por la experiencia una trabazón íntima y profunda; si la primera acusa la ausencia de algo, la segunda por medio de signos delata su presencia, mientras la tercera acusa de viva voz con el sentimiento de su presencia la realidad de lo que por medio de estos signos nos fué anticipado. La inteligencia comienza por ahí. Esta — afirma en otra parte — no nace; se hace por la experiencia; es la obra de una génesis. »

Más adelante dice :

« Como remate y conclusión de cuanto llevamos expuesto en este capítulo, observamos que por medio de la experiencia trófica se organiza en las regiones inferiores de la vida psíquica un entendimiento que produce al organismo de cuanto necesita para los gastos del consumo y los del crecimiento. Los problemas que resuelve esa inteligencia rudimentaria son de una importancia extraordinaria. »

Resuelve el problema de lo real reintegrándolo al terreno de los hechos experimentales.

Sienta el axioma de que la vida intelectual comienza por el conocimiento de lo real. Y ¿ cómo se llega al conocimiento de lo real? Anteriores a los procesos de la percepción externa son los procesos más hondos por los que « se sabe en primer término, que al organismo le falta algo, en segundo término, que la presencia de este algo puede descubrirse utilizando las impresiones que hallamos en los centros de la sensibilidad externa ». Surge así toda esa serie de experiencias psíquicas que conducen a hacer notar con mayor precisión, a medida que se amplían y multiplican, que toda diferenciación interna corresponde a determinadas diferenciaciones externas, así como que estas impresiones externas no aparecen espontáneamente, sino en virtud de una acción exterior. El animal adquiere, porque se calma su hambre, la facultad de relacionar esas impresiones con ciertas acciones, y sólo juzga aquéllas verdaderas cuando los fenómenos se suceden según están previstos por experiencias

anteriores. Por ese camino se van sedimentando las experiencias « en el subsuelo de la inteligencia ». Y por ahí se llega a preformular el postulado de que *la imagen sensorial corresponde a algo real*; sino corresponde es ilusoria; si corresponde mal es falsa. De ese postulado arranca « todo proceso intelectual ulterior ». « Ese conocimiento — concluye — resulta del experimento trófico, hasta tal punto que si el animal ignorase que se alimenta, su inteligencia no llegaría a saber nunca que lo real existe. » Por eso Unamuno en su comentario al libro que aquí trato de resumir y extractar en sus partes fundamentales dice : « El sujeto que conoce o percibe es el que come. *Edo, ergo sun*; como, luego soy, podría decirse. La sensibilidad trófica comienza por considerar las impresiones como signos de la cosa que nutre. Diferenciar las imágenes es buscar a qué diferencias tróficas corresponden. »

III

Esa teoría, como dice Freindel (*Journal de physiologie et de pathologie general*, nº 3, 1912), « saca de su inferioridad la sensibilidad trófica, interna, celular, demostrándonos que sin ella no se adquieren los primeros conocimientos que la sensibilidad externa presupone y emplea ». Poner al hambre en el punto inicial del proceso intelectual y hacer de ella en su origen una especie de roce de células del que parte el movimiento volitivo de donde poco a poco va brotando a su vez el alba de la conciencia en el ser, es darle al pensamiento una humilde ascendencia fisiológica que lo vincula a las primeras exigencias orgánicas.

Nicolai (*La base biológica del relativismo científico y sus complementos absolutos*) asigna a la conciencia un origen no tan remoto en la historia del desenvolvimiento humano. El hombre, animal inerme, estaba rodeado de peligros mortales para un ser cuyos colmillos eran inferiores a los del tigre y que no poseía garras ni cascos para defenderse. Era necesario que se defendiese con lo único que podía darle superioridad sobre otros animales: su cerebro. Tuvo la obligación de pensar. « No quiero hablar — dice Nicolai — de las condiciones favorables que lo

ayudaron y que fueron todas consecuencias cerebrales. Es cierto que al fin venció y es un hecho también que venció con su cerebro. Entonces ya no podía retroceder. Su reciente corteza cerebral funcionaba y estorbaba los instintos; la nueva adaptación únicamente podía realizarse con la inteligencia. Era rudo el camino y los pensamientos perturbadores. Pensaba porque tenía miedo; porque quería salvarse de sus enemigos.»

Pero es indudable que antes de sentir la necesidad de defenderse de nadie o de nada, el hombre ha sentido la necesidad de nutrirse. Y una teoría que hace remontar los orígenes del conocimiento a la necesidad y función de nutrirse, atribuye a la inteligencia humana una fuente más remota que esa según la cual nace de la sensación del miedo y de la obligación de defenderse. No corresponde a los fines del presente trabajo cotejar ambas hipótesis. He de limitarme a advertir que para Nicolai el cerebro se hace usable mediante un aprendizaje en que la inteligencia se perfecciona gracias al juego. Jugando aprende el niño (ontogénicamente) y jugando han aprendido los monos (filogénicamente). Para Turró, la inteligencia aparece en el animal en la tendencia a buscar las sustancias que reclama su organismo, la cual obedece a una «inteligencia inferior», que se ha llamado instinto, pero que es en realidad el producto de una sucesión de experiencias. La función de nutrirse, con que comienza en el hombre su conocimiento del mundo exterior o de la realidad objetiva, pertenece a la animalidad, y el proceso que conduce de la sensación trófica a ese primer conocimiento químicamente substancial de la realidad, es también común a otros animales. El hombre puede, por la conformación de su cerebro, pasar de ese conocimiento inicial, finalista, de lo que necesita para vivir, a las formas más elevadas del conocimiento, al conocimiento puro y especulativo. Y puede ampliar enormemente, ilimitadamente, su conocimiento de la realidad por mil medios que le son propios, como que sólo él puede crearlos. Si el animal tiene la revelación del mundo no sólo por el hambre, el hombre la tiene cada vez más completa por la acción de su vida, que es más compleja y radiada que la de los animales, y por la acción de los instrumentos con que prolonga su organismo y desarrolla su personalidad.

Los animales son « especialistas », es decir, tienen una estructura que « adaptada a condiciones de vida determinada, como afirma Berr, les ha procurado ciertas superioridades dentro de límites estrechos, y a la vez los ha fijado de modo casi definitivo. Su psiquismo no tiene más que franjas de « inteligencia ». En el hombre no ocurre eso. « Su lóbulo frontal provee a todo — sigue diciendo Berr — y su mano es la exteriorización activa del cerebro. La mano por medio de informaciones táctiles y musculares, cada vez más precisas, que se asocian a las sensaciones visuales y las completan, contribuyen eficazmente al conocimiento del mundo exterior. » El empleo de la mano en los primates proviene de la posición bípeda. Esta posición responde, según Perrier, « a la necesidad de saber y ver desde más alto ». Esta necesidad de saber, en el origen es del todo práctica — como admite Berr — « y está unida al interés vital, inmediato ». Este interés se compone de las necesidades esenciales que primeramente determinan los actos del animal: el hambre, la sed, la reproducción, la defensa para la conservación de la vida. Y aun entre estas necesidades puede establecerse un ordenamiento cronológico, pues el hambre, la sed, el instinto o impulso de la reproducción, nacen en el individuo con el organismo; la necesidad de la defensa presupone circunstancias externas que sólo aparecen dentro de ciertas condiciones de vida y en las que se ha llegado a una fase de la evolución animal que permite al organismo distraer energías en acciones que no se reducen a la satisfacción del hambre o a la función reproductiva. Claro está que se trata de un ordenamiento cronológico con relación a la historia general de la vida orgánica, porque con relación a la especie en sí puede suceder que la última de las necesidades citadas sea la primera en ser satisfecha como condición para que puedan satisfacerse las otras. Ciertas especies no habrían logrado conservarse si en ellas la defensa no se hubiese ejercido como la preocupación primordial, por lo menos unida en un mismo plano de urgencia con la de alimentarse. Allí los padres tienen que defender a los hijos y si éstos pueden nutrirse es porque sus mayores luchan por ellos o los substraen a los peligros. Pero la posibilidad de defenderse, aparece para el individuo después de la tendencia orgánica a mantenerse por la ali-

mentación siendo éste el impulso que primero puede satisfacer. Por lo que al hombre se refiere, su necesidad de defenderse y luchar surge ante el hambre de los animales feroces que tratan de hacerlo su presa, o ante el impulso de su misma hambre que lo obliga a atacar a otros animales o a reservar para sí, frente a otros cazadores temibles, los sitios donde puede hallar su propio alimento. En el fondo del *struggle for life* está el hambre. Ésta es la primera enseñanza que nos proporciona la historia del mundo orgánico. También está, como acabamos de ver, en el fondo del proceso de que resulta la inteligencia, es decir, el arma que ha hecho del hombre, en esa lucha, el más poderoso de los animales. Ella « comienza », según Turró, en el proceso interno que por medio de la experiencia correlaciona la sensación trófica, la sensación externa y la sensación gástrica.

IV

La posición que en esta teoría realista ocupan el hambre y la función nutritiva en relación con las manifestaciones y desarrollos intelectivos del animal, sienta un determinismo trófico que me parece, dentro del terreno biológico, un equivalente del determinismo económico en el terreno social. Esa posición guarda alguna semejanza desde cierto punto de vista, con la que ocupan los actos fundamentales de la vida material y especialmente la económica en las concepciones del desenvolvimiento histórico que hacen surgir o derivar de esos actos la evolución social con su conjunto de expresiones morales e ideológicas, con su atmósfera espiritual correspondiente.

Aunque la teoría expuesta sobre el origen del conocimiento y de la inteligencia sólo se refiere al ser orgánico y a fenómenos de la biología y psicología individual, puede verse sin incurrir en hipótesis organicistas de la sociedad y menos en confusiones de la fisiología con la sociología, cierta similitud siquiera sea de tendencia entre el criterio científico con que han sido encarados y resueltos los respectivos problemas en esa teoría y en las concepciones materialistas de la historia.

Desde luego, si aquélla saca, como dice Freindal, de su inferioridad la sensibilidad trófica descubriendo la función que cumple como generadora de los primeros conocimientos que «la sensibilidad externa presupone y emplea»; la concepción del determinismo económico vino a elevar la importancia de los hechos económicos en el proceso de la historia humana, llamando por lo menos la atención del sociólogo y el historiador sobre manifestaciones de la vida colectiva que generalmente se consideraban fenómenos secundarios y de escaso interés para la exégesis de las formas o instituciones sociales y de los acontecimientos históricos.

Ambos nos enseñan «a investigar por debajo de la superficie», como dice Seligman, refiriéndose a la segunda. Y si Turró, según Unamuno, a fuerza de ahondar en la realidad fisiológica, llega a quedar frente a las estrellas del otro hemisferio, Marx penetrando en la realidad social y descendiendo al determinismo de los factores materiales, descubre amplios horizontes para los ideales de la Historia y de la Economía, como Seligman lo declara. «A la teoría de la interpretación económica, dice éste (*La interpretación económica de la historia*), es a la que se debe que los hombres hayan tenido en cuenta el factor social en la Historia.»

Es, por otra parte, común a las dos teorías, cada una en su esfera, la idea de que entre los fenómenos de la vida existe un encadenamiento causal. Pero en la teoría del biólogo español, el papel que juega la sensación interna, de origen celular, parece a primera vista llevarnos a una posición reñida con la idea del «influjo positivo de los factores exteriores», que como observa Posada es otra de las dos ideas generales a que responde fundamentalmente toda interpretación materialista de la Historia. Sin embargo, ni ese papel de la sensación interna, como originaria de los conocimientos que presupone y emplea la sensación externa, excluye la preponderancia del medio exterior en la determinación de los actos que el animal debe realizar para nutrirse; ni el determinismo de los factores exteriores excluye la importancia generatriz de las necesidades orgánicas, «internas» en cierto sentido también «celulares» de los componentes del agregado social, sino que la realza. Turró no niega por

cierto la influencia del medio ni tampoco Marx pretende que el ser humano originariamente sea creación de las actividades económicas, sino que éstas, obedeciendo a las necesidades del hombre, son asimismo las forjadoras de las formas en que se vacía y contiene toda la vida social. Queda, visto así su pensamiento, en posición de hacer surgir el proceso histórico, de relaciones internas de la sociedad, las relaciones que se establecen entre la economía y los otros órganos sociales: el derecho, la política, la moral, etc., lo que no excluye, naturalmente, la influencia de las relaciones con el medio físico, telúrico, geográfico, antropológico, que condiciona a su vez las formas y el desarrollo de la economía. Stammler que define la vida social como una « cooperación regulada desde afuera », habla de reglas externas que gobiernan a la vez las relaciones jurídicas, políticas, económicas, etc. En su concepto es antifilosófico el punto de vista de Marx por cuanto no es una relación social la causa o explicación general de otras relaciones sociales. En el orden biológico, Turro hace de una « relación » vital — el hambre y las actividades inherentes — la causa de otras « relaciones » fisiológicas con trascendencia psíquica.

V

Así como el hambre con su consiguiente proceso de experimentación marca el primer tramo en el escalonamiento de la conciencia, el primer resorte en el engranaje orgánico de la psiquis y de la intelección, y es como tal, factor determinante del conocimiento en el animal, las necesidades y actividades del plano económico, que son en el agregado social el equivalente de la función nutritiva, dan origen a las formas sociales y sientan una relación básica, como punto de partida o condición determinante en general, con las orientaciones del espíritu colectivo y las instituciones que lo traducen en el campo jurídico, político, moral y hasta religioso.

No se trata, claro está, del concepto tan exacto como simplista de que en el animal y en la sociedad, el hambre y su satisfacción están al comienzo de todo, — y son, por consiguiente, la

base y la raíz de la vida. Antes todavía de llegar al « *primo vivere deinde filosofare* de los latinos, debe pasarse por el *primo manducare, deinde cogitare* (primero comer, después pensar), que contiene la fórmula cronológica del desarrollo animal, tanto en la historia natural como en el ser humano. Pero esa es una comprobación de buen sentido que nada tiene que ver con las teorías del determinismo trófico y del determinismo económico o aun simplemente « material ». La primera nos enseña que el hambre y la actividad nutritiva no son tan sólo la manifestación primordial de donde parte toda la vida del organismo, como del apetito sexual y de la reproducción parte toda la vida de la especie. Nos enseña que no son, como pudiera creerse, manifestaciones sensuales y primarias de la existencia, sin más relación que la fisiológica con otras manifestaciones superiores, así como la respiración, por ejemplo, sólo está relacionada — si así puede decirse — con el sentimiento estético por la circunstancia de que sin respirar no se puede vivir. El hambre se halla en relación de otro orden con la inteligencia, según esa teoría, como que pone en ejercicio los primeros y más rudimentarios resortes de la vida psíquica consciente. La función a que da lugar, suscita y aplica el conocimiento en el balbuceo de una experimentación que es ya por sí misma una serie de actos rudimentarios de apreciación y diferenciación, o sea, un germen de conciencia. Ella, por el resorte de la excitación celular, primero, y luego por el de la sensación trófica, pone el medio interno del animal en contacto con el externo a través de una experiencia que lo conduce a desear y después a buscar los elementos que le hacen falta. Entra, pues, aunque permaneciendo en un plano muy bajo de la psiquis, en el orden de lo que pertenece a la formación del espíritu.

En cuanto a las concepciones materialistas o meramente realistas de la historia, no se limitan a entender que los primeros actos del hombre en la vida social fueron los que tendían a la satisfacción de sus necesidades orgánicas y que el hombre estuvo antes sometido al imperio de las exigencias físicas materiales, a la obligación de proporcionarse el sustento, que a la preocupación de darse reglas jurídicas, morales, políticas o religiosas. El problema de la prioridad en la sucesión de los móviles

humanos de organización social, carece de importancia para la interpretación de la historia. Tiene razón Seligman (*obra citada*) cuando, tomando nota de cierta refutación de Giddins y Salvatori a la teoría de Marx, dice que « toda discusión respecto de la precedencia en el tiempo de una causa dada sobre un efecto dado, está completamente fuera de juego. Recuerda esto aquella vieja querrela sobre cual fué primero, el huevo o la gallina. Ya no hay discusión alguna entre los biólogos sobre la influencia del medio. Sin embargo, cuando hablamos de la transformación de una especie determinada, no pensamos necesariamente que el medio fué lo primero y que el organismo vino después. Sin el medio, el cambio no habría tenido lugar, pero sin el organismo, tampoco aquél se hubiera realizado... Aunque decimos que el organismo está determinado por el medio, es completamente indiferente cuál existía primero. Y esto es cierto con respecto a la humanidad. Todo progreso humano es en el fondo un progreso mental; todo cambio debe realizarse mediante el espíritu humano. Hay, pues, una indudable base psicológica en toda la evolución humana ». El problema, sin embargo, persiste todavía. ¿Qué es lo que determina el pensamiento humano? — ¿Qué es lo que da forma a la conciencia social? — Frente, por ejemplo, a Fustel de Coulanges, para quien los hombres se dan su organización familiar, jurídica, social, de acuerdo con sus sentimientos religiosos, las concepciones realistas sostienen que el sentimiento religioso responde a las condiciones de la realidad social, o sea, a las formas vitales de su organización.

« No es la conciencia de la humanidad — dice Marx — la que determina su existencia, sino que, por el contrario, es la existencia social la que determina la conciencia. » Y esto no quiere decir, como observa Seligman, que la existencia social venga primero y la conciencia venga después. « Cuando los biólogos nos dicen que el organismo está determinado por el medio, no formulan necesariamente ninguna hipótesis sobre la prioridad de uno o de otro. Toda la cuestión del antecedente genético es indiferente. »

Pero — eso sí — lo que hemos denominado determinismo trófico no tiene, con relación a la conciencia del animal, el alcance del determinismo social en la vida colectiva con relación a la

conciencia de la humanidad, Si Feuerbach dijo « el hombre es lo que come », Turró no ha dicho que « es según come ». Se limita a afirmar que tiene conciencia, o en otros términos, que « es » porque come. Y este sentido de su teoría la acerca especialmente a la que en aquellos factores sociales, que juzga determinantes de la historia, ve una virtud concreta de motivación moral o espiritual. En efecto, la concepción marxista, que ve en el modo de producción la base determinante de toda evolución social, atribuye al factor económico una virtud activa de motivación o causalidad que por toda una verdadera red de vías llega a la formación de la conciencia humana, tal como el hambre en la hipótesis de Turró motiva todo el proceso que culmina en la inteligencia del hombre. Pero esta hipótesis indica particularmente que en el juego de excitaciones, sensaciones, acciones y reacciones que pertenecen al dominio del hambre y de la nutrición el animal va adquiriendo conocimiento, el cual « se hace », y se desarrolla hasta cierto punto, en virtud de experiencias y ensayos que le enseñan a vincular convenientemente el medio exterior a sus necesidades.

« Desde tiempo inmemorial — dice — se viene admitiendo que la vida intelectual despierta bajo la acción del excitante exterior... Los orígenes del conocimiento, explíquense por la tesis especulativa, explíquense por la tesis empírica, siempre resultan del conflicto de los sentidos con la causa externa, hasta tal punto que si ese conflicto no apareciese, la inteligencia dormiría eternamente a manera de una fuerza latente. Una vez adoptado semejante punto de vista, desarticulamos, por decirlo así, las funciones de la sensibilidad trófica de las funciones de la sensibilidad externa, como si las unas nada tuviesen que ver con las otras. El *sensorium* es partido en dos grandes segmentos, uno anterior que obedece a la acción del mundo exterior y crea las funciones de la vida de relación y otro posterior que obedece a la acción del mundo interior u orgánico creando las funciones de la vida vegetativa. Rota de esta manera la unidad estructural y fisiológica del sistema nervioso, queda rota también la unidad indivisa de la conciencia, viniéndose a suponer, con esta peregrina invención, que el *sujeto que piensa* nada tiene que ver con el *sujeto que come*. Mutilado de esta

suerte el *sensorium* y el *sujeto* ni se sospecha siquiera que la sensibilidad trófica pueda aportar elementos intelectivos de gran valía... Una observación libre de prejuicios, nos muestra claramente que *el sujeto que come es el mismo que el que piensa*, ya que para subvenir a las necesidades del organismo necesita saber ante todo cuáles sean estas necesidades y conocer cuales sean los cuerpos del mundo exterior que puedan satisfacerlas. La ingestión no es un acto maquinal, sino intelectual. En sus orígenes la inteligencia arranca de lo inferior, de lo orgánico, de lo que se pre formula en la sensibilidad trófica en forma de sensaciones de hambre. »

Asimismo, lo más interesante, a nuestro juicio, en la concepción económica de la historia, es que de ella resulta que la conciencia social debe ser considerada como un producto no tanto de las « condiciones de la existencia social », como dice el mismo Marx en el párrafo más arriba transcrito, sino precisamente de los modos de trabajar y producir. Porque es por el trabajo y la producción que los hombres adquieren lo que podría llamarse su « sentido social », el sentido de la organización social conveniente. Las primeras actividades productoras del hombre en sociedad bastan para provocar los albores de ese sentido, que se desarrolla a medida del desarrollo de la organización económica. La conciencia social y el espíritu colectivo no surgen sino por la acción de las actividades y los modos que el hombre adopta para atender a sus necesidades en el seno de la sociedad. No erraba Proudhon cuando escribía que « la industria es la madre de la Filosofía y de las Ciencias ». La humanidad aprende a pensar socialmente al realizar las funciones de la producción. Trabajando adquiere la capacidad mental que la habilita para darse instituciones adecuadas a los intereses preponderantes en la sociedad. También en el terreno social el sujeto (la sociedad) *que come* (y produce para comer) es el *mismo que el que piensa*, porque también para subvenir a las necesidades colectivas del consumo necesita saber ante todo cuáles son estas necesidades y conocer cuales son los elementos que puedan satisfacerlas. « Toda producción material es, en opinión de Roberty una discriminación, un juicio, un valor, una idea, un conocimiento, un deseo aplicado o realizado. » No basta

en la sociedad, como no basta en el animal, la sensación de las necesidades para hacerle adquirir entendimiento colectivo.

« Sentir el hambre tal como aisladamente brota de los centros psico-tróficos, no es lo mismo que conocer aquello que pueda satisfacerla. Yo no sé ver que el sujeto atormentado por esa sensación vehemente entienda nada » (Turró, obra cit.). En los actos que el sujeto realiza para nutrirse debemos ver el factor originario de la inteligencia, que « no nace : se hace ». Y bien ; en los actos que el hombre realiza para nutrir al agregado social debemos ver el factor que « va haciendo » su sentido o su facultad de organización jurídica, política, moral, etc. Todo el derecho y todo el espíritu de las sociedades sale de ahí ; se desprende como una emanación lógica de ese proceso. ¿ Cuándo, sino, surge en dicho agregado lo que se ha llamado « conciencia colectiva », verdadera alma social en cuanto es, como el alma individual, « una inteligencia consciente de sí misma » ?

Así como la solidaridad biológica no implica, al decir de Duprat, (*La solidaridad social*), la intervención de un « alma ; » la solidaridad social no implica necesariamente la constitución de un alma colectiva.

Nos parece indudable que esta alma comienza a formarse en los grupos sociales por obra de las tareas de la producción, las cuales constituyen el conjunto de acciones que más actúan sobre la comunicación de los componentes sociales y la interdependencia de los mismos, acentuándolos progresivamente y poniéndolos cada vez más de relieve. Inexistente allí donde la producción no sale de las primitivas formas del aislamiento familiar ; muy rudimentaria todavía cuando el trabajo adquiere los primeros caracteres de organización colectiva ; deviene visible en la superestructura institucional o en las tendencias a modificarla, cuando la producción desarrolla las fuerzas sociales con modos de organización más complejos y relaciones económicas más extensas.

VI

Se dirá que el hambre y la nutrición debemos verlas representadas en la sociedad, no por la producción y el cambio, sino por el consumo. Pero, aparte de que eso no podría impedirnos acercarnos a teorías que, una en el animal y otra en las sociedades, relacionan el alto fenómeno de la conciencia con funciones vitales de orden material, y si se quiere inferior; la verdad es que la función de alimentarse es un trabajo, el primero que aprenden a realizar los animales, y que el consumo es en las sociedades el móvil de la producción y del cambio. Es decir, que si en el animal, la sensación del hambre lo obliga a « trabajar » (moverse, cazar, aprehender alimentos), en las sociedades la necesidad del consumo obliga al hombre a producir y a cambiar, siendo por consiguiente la producción y el cambio actividades que van unidas al consumo, como la acción de nutrirse va unida a la sensación del hambre. Pueden separarse y diferenciarse, sin duda, ambos elementos, como la causa se diferencia y separa siquiera sea teóricamente, del efecto: una cosa es la sensación o la necesidad, y otra la acción de satisfacerla.

Pero no hace falta detenerse en tales distingos para que nos entendamos; ni ellos ponen dificultades al acercamiento de que hablamos más arriba. Podemos, pues, decir sin mayor incorrección que las operaciones de la producción y del cambio, o sea, la vida del trabajo, que existen para responder a las necesidades sociales, traducidas en el consumo (el acto de alimentarse), equivalen a las operaciones que el animal efectúa para nutrirse (aprehensión de alimentos, busca de los mismos, etc.).

No tendría objeto substituir el determinismo de la producción por el del consumo. Este actúa sobre aquella, en cuanto la suscita y hasta cierto punto la orienta, pero su influencia directa se detiene allí y sólo por intermedio de los modos de la producción y del cambio llega indirectamente a la organización social. Porque el consumo como conjunto de necesidades es un principio pasivo — pese a la opinión de Buylla (*Nociones de economía*), — ya que no crea fuerzas económicas y sociales sino en

cuanto esas necesidades son satisfechas y éstas sólo pueden satisfacerse por la producción.

Las necesidades del hombre en su relación con el medio en que vive, forman las condiciones de la existencia material, que son, para el concepto marxista, las causas primeras de la producción, en vez de serlo una intención, una idea preconcebida, como lo sostienen las interpretaciones teleológicas de la historia. Las formas que bajo la presión casi automática de las fuerzas económicas, la producción va adoptando, determinan en « último análisis », como dice Engels, a manera de base o plataforma, las líneas generales del edificio de la superestructura social. « La estructura económica de la sociedad es la base real sobre la cual se eleva luego el edificio jurídico y político, de tal suerte que el modo de producción de la vida material domina en general el desenvolvimiento de la vida social, política e intelectual » (C. Marx, *El capital*).

En el prefacio de la *Crítica de la economía política* se halla el siguiente pasaje, tan conocido por ser uno de los más frecuentemente citados de toda su obra : « En la producción social de su vida los hombres contraen ciertas relaciones independientes de su voluntad, necesarias, determinadas. Estas relaciones de producción corresponden a cierto grado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. La totalidad de esas relaciones forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta una superestructura jurídica y política, y a la cual responden formas sociales y determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material determina, de una manera general, el proceso social, político e intelectual de la vida. »

En otro de sus libros (*Miseria de la filosofía*) dice que las relaciones sociales están íntimamente ligadas a las fuerzas productivas. « Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción, y al cambiar éste, cambia la manera de ganar la vida, con lo cual se modifican todas sus relaciones sociales ».

‡ Debemos entender que el término « consumo » está excluído del proceso económico inicial, que Marx llama a veces, como acabamos de ver, « relaciones de producción », y Engels en una

carta citada por Seligman : « producción y reproducción » de la vida real »? Entendemos que no. El consumo queda comprendido dentro de la fórmula marxista « sistema de producción y de cambio », en su carácter de resorte íntimo e inseparable de la producción.

Menos aún debemos considerar aparte, desde el punto de vista del determinismo económico, el fenómeno del cambio y de la circulación económica. Para De Greef esta última actividad es la más importante entre todos los elementos que determinan la estructura y la vida sociales.

También Novicow (*Mecanisme et limites de L'association humaine*) separa el cambio de la producción, y atribuye a aquél todos los efectos que Marx y Engels asignan a la producción incluyendo naturalmente en ella el cambio de los productos y la distribución de las riquezas.

« El cambio — dice ese autor — es el fenómeno fundamental de la asociación. » Y páginas más adelante añade : « El cambio es también el creador del Estado y del derecho. Ésta es la evidencia misma... Para entrar en el dominio del derecho es necesario un cambio entre dos o más hombres. Es, pues, legítimo decir que el cambio crea el derecho. Pero esto es todavía cierto de otro punto de vista. El cambio conduce la organización social... ¿ De dónde viene la organización social ? Del cambio. La primera posición que aparece en la sociedad, es el aporte de artículos alimenticios a una plaza determinada : el mercado. Cuando este fenómeno no se produce, no hay sociedad, pues cada familia puede vivir por su propia cuenta sin entrar en contacto con las familias vecinas. »

Pero el cambio sobreviene cuando los grupos familiares producen un excedente sobre sus necesidades propias y ese excedente lo llevan al mercado. Engels explica muy bien en *Anti-Dühring* el paso de los productos al estado de mercancías. Antes tal vez se ha ejecutado otra operación de cambio — verdadero cambio de servicios — entre los grupos familiares y algunos trabajadores sueltos, artesanos más o menos trashumantes, los primeros asalariados, que se contrataban para ciertos servicios ; y antes aun, el cambio de servicios forzado que implica la esclavitud. La división del trabajo debe, asimismo, preceder el

cambio de productos. Y la división del trabajo — dice Durkeim — sólo puede efectuarse entre los miembros de una sociedad ya constituída.

¿ Y cómo creer que todo ello es cosa más fundamental que la producción? Son actos complementarios de la misma, o diversas fases de una misma actividad económica. El término « producción » abarca el transporte y el cambio de los productos como el término « árbol » comprende un conjunto de ramas, hojas y raíces, que son en sí cosas distintas del árbol, pero que sólo existen por él.

No deja de ser sorprendente que Novicow no cite para nada en todo ese trabajo a Marx y Engels, siendo así que su tesis es una concepción económica de la historia sumamente parecida a la de esos dos autores.

« A partir del momento, dice, en que la más débil diferenciación del trabajo se ha operado entre los hombres (y esto se ha producido después de centenares de siglos), los cambios se han establecido. Por lo demás, como el hombre no puede vivir sin comer, el juego de los fenómenos económicos no se detiene un solo instante en las sociedades. Si, pues, el juego de los fenómenos económicos basta para constituir el Estado y si la vida humana es imposible sin el juego de los fenómenos económicos, éstos deben necesariamente constituir el Estado, prodúzcase o no la coerción. Se puede figurar la vida humana, sin el bandidismo y la conquista; no se la puede figurar sin la producción económica. »

Las analogías de ese pasaje con Marx y Engels rompen los ojos.

Léase ahora el siguiente pasaje de Engels y se verá a qué queda reducida la originalidad de la tesis de Novicow.

« La concepción materialista de la Historia parte del principio de que la producción, y *con ella el cambio* de productos, constituye la base de todo el orden social; de que en cada sociedad como nos presenta la Historia, la *repartición de los productos*, y con ella la jerarquía social de clases y órdenes, se rige según la naturaleza y la forma de producción y según la forma *de cambio* de las cosas producidas. Por consiguiente precisa indagar las causas últimas de todas las transformaciones sociales

y de todas las revoluciones políticas, no en la cabeza de los hombres, esto es en la idea cada vez más clara que adquieren de la verdad y de la justicia eterna, sino en las variaciones de la forma de producción y *de cambio*; es menester indagar tales causas, no en la *filosofía*, sino en la *economía* de cada época» (*Anti-Durhing*).

Y en una de sus cartas aclaraba: «Entendemos por relaciones económicas, que consideramos como bases de la historia de la sociedad, los métodos por los cuales los miembros de una sociedad dada producen sus medios de subsistencia, — y *el cambio de los productos entre sí*, si la división del trabajo existe. Así se incluye la técnica de la producción y del transporte.»

Finalmente, el mismo Novicow adopta, de pronto, el punto de vista de la producción considerada, como determinante histórico fundamental. «Lo que pasa bajo nuestros ojos — dice — ha pasado también en la más alta antigüedad, pues la base de la vida humana era entonces, como lo es en nuestros días, la producción económica, y la producción económica conduce inevitablemente al cambio, por tanto a la organización.»

Es, ni más ni menos, lo que encontramos en los textos de Engels, cuando este autor nos dice que «la jerarquía social de clases y órdenes» depende de la repartición de los productos, sin que esto signifique hacerle perder a la producción de los mismos su papel de factor específico preponderante, del cual la forma de la repartición depende. Y esto, sin perjuicio de que en los momentos de crisis aguda «la forma de producción se vuelva contra la forma de cambio» como «las fuerzas productivas se vuelven contra la forma de producción».

VI

El concepto del determinismo económico explica el derecho por las formas de producción y de cambio, en vez de explicar éstas por aquél.

Las fuerzas desarrolladas en el plano de la producción mueven el mundo y van forjando las formas sociales para ponerlas

de acuerdo con las necesidades de aquéllas y su destino consiguiente.

Esa relación de influencia determinante entre el sistema de producción y cambio, y la vida colectiva considerada en bloc, comprendiendo la generalidad de sus manifestaciones históricas, la expresaba muy gráficamente Marx cuando decía :

« El molino de brazo os dará la sociedad con el señor feudal ; el molino a vapor, la sociedad con el capitalista industrial. Los mismos hombres que establecen las relaciones sociales en conformidad a la producción material, crean también los principios, las ideas, las categorías, conforme a sus relaciones sociales... Y estas ideas, estas categorías, son tan poco eternos como las relaciones que expresan. Son productos históricos y transitorios (*Miseria de la filosofía*).

No se reduce, pues, a señalar la importancia más o menos grande y preponderante que las actividades productoras sin duda tienen con respecto a la vida y desarrollo de las naciones — viejo tema de economía política ; como al hablarse del papel del hambre con relación al conocimiento, no se hace referencia a su misión del punto de vista del desenvolvimiento orgánico. Ni tampoco le basta reconocer como decisiva la influencia que las condiciones económicas ejercen en determinados dominios de la historia humana, tal como lo hiciera Montesquieu en *El espíritu de las leyes*, cuando desarrolla la tesis de que « Las leyes tienen una relación muy estrecha con la manera como los diferentes pueblos se procuran sus medios de subsistencia » (Libro XVIII, cap. VIII); o Hegel, cuando hablando de la organización política de América del Norte decía : « un verdadero Estado y gobierno no se organizan más que cuando existe ya una diferencia entre las clases, cuando la riqueza y la pobreza han llegado a ser muy grandes y las condiciones sociales son tales que ya no se pueden satisfacer por los medios ordinarios una multitud considerable de necesidades... Si los bosques de Germania hubieran existido todavía, no se hubiera producido la revolución Francesa » (*Filosofía de la historia*).

Su alcance es más dilatado y más profundo. Proporciona, como afirma Antonio Labriola (*Essais sur la conception matérialité de l'histoire*) una explicación más conveniente y más apro-

piada que las ideologías de toda clase, de la sucesión de los acontecimientos humanos.

No se trata, expresa el mismo escritor, de entender el pretendido actor económico, aislado de una manera abstracta, de todo el resto sino, ante todo, de concebir históricamente la economía y explicar los otros cambios por medio de esos cambios» (*Memoria del manifiesto del Partido Comunista*).

Las aplicaciones unilaterales de la interpretación económica a ciertos hechos históricos pueden conducir a resultados grotescos. Pero ellas nada prueban contra la seriedad científica de una concepción que sin atribuir al medio económico una influencia exclusiva, lo hace jugar un papel preponderante en las tendencias generales de la historia humana, sin olvidar que ese medio se modifica constantemente bajo la acción de la neutralidad, o del genio del hombre. Éste forja, sin duda, dicho medio; pero es arrastrado por él. La creación económica es naturalmente obra de los hombres; pero ella los cerca y encierra en su dominio inmanente. Así los agricultores, cuando han hecho surgir de la tierra poco a poco su bosque, van quedando retenidos en vida por sus innumerables brazos vegetales...

«Consciente o inconscientemente — dice Engels — los hombres toman en último análisis sus ideas morales de la situación práctica de su clase, del estado económico de producción y de cambio» (*Anti-Durhing*). Este pasaje no está en contradicción con este otro suyo de una carta ya citada.

«Se falsea nuestra doctrina cuando se nos hace decir que el «momento» económico es el único decisivo; se nos atribuye así una opinión absurda y abstracta.»

«La situación económica es la base; pero los diferentes «momentos» de la estructura superior, formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, constituciones establecidas por la clase conquistadora después de la victoria, leyes y mismo los reflejos de todos esos combates reales en el cerebro de aquellos que toman parte, teorías políticas, religiosas, jurídicas, etc., todo eso ejerce su acción sobre el curso de los movimientos históricos y se agita a menudo de una manera predominante bajo su forma.»

VII

Las necesidades fisiológicas del hombre son los primeros móviles de sus actividades económicas y, a través del desenvolvimiento histórico que multiplica las solicitaciones y los estímulos de todo orden, se las descubre como permanentes impulsos agazapados, prontos para reconquistar el sitio predominante en la decisión y orientación de la conducta social y humana, en cuanto se les descuide o no se les satisfaga.

De ahí la relación indestructible que existe entre el progreso de una sociedad y su capacidad para producir riquezas, o sea, para satisfacer en primer término dichas necesidades. En todos los períodos de su desarrollo existe para ella el deber imperioso de vivir en posibilidades de acallar el hambre — por lo menos el hambre física — de sus componentes, porque sólo a esa condición es posible la vida. Su progreso, aun en las manifestaciones más espirituales y elevadas de la existencia colectiva — las ciencias, la cultura moral, la sensibilidad artística, — está forzosamente vinculado a aquella capacidad económica.

La civilización se nutre de riquezas. Donde éstas no surgen, aquélla no puede surgir.

Sin embargo, las sociedades llegan a los más altos grados de la actual civilización sin extirpar de su seno el mal de la miseria, y aún agravándolo. La miseria no es incompatible con el progreso. En ciertas condiciones de organización social es — como lo demuestra Henry George en un libro famoso — su acompañante inseparable, su verdadera sombra. La grandeza de las sociedades antiguas gravitaba sobre la miseria de los esclavos y de los trabajadores libres. La miseria del proletariado fué utilizada como palanca de su creciente poderío económico por el industrialismo moderno. Pero la miseria no excluye por completo la satisfacción del hambre, ni aun la del «hambre social», entendiendo por ésta la que se refiere a un conjunto de necesidades del hombre en sociedad, distintas a las simples necesidades orgánicas. La miseria es, por de pronto, una relatividad. En una sociedad adelantada se juzga miserable el hombre que no

puede satisfacer necesidades desconocidas para el hombre salvaje. Además, hay grados de miseria. Esos grados se regulan no sólo por los recursos, sino por el número e importancia de las exigencias incorporadas por las costumbres a la vida social. Eso quiere decir que no siempre la miseria significa el hambre fisiológica, cuya prolongación decreta la muerte. Pero tanto lo que hemos denominado el «hambre social» como el hambre física, no pueden intensificarse ni extenderse sin grave peligro de convulsiones profundas. Cuando el número de los que no pueden satisfacer sus necesidades primarias, de los verdaderos hambrientos, aumenta desproporcionadamente a las fuerzas de contención que amparan la situación de los satisfechos, la organización social se resquebraja por todos sus costados y advienen fatalmente las tremendas sacudidas populares. El hambre es la matriz de las revoluciones violentas.

Por otra parte, la manera y el grado en que se satisfacen las necesidades de los hombres y especialmente las orgánicas, producen consecuencias fisiológicas, demográficas y también morales que se dejan sentir en el destino de los grupos y de las colectividades.

«El amor y el hambre — según Schiller — dirigen el mundo mientras disputan los filósofos.» Pero lo dirigen como fuerzas orgánicas que obran inmediatamente sobre la vida y el destino de la especie o del individuo, y mediatamente sobre la vida de la sociedad. En ésta el hambre y el amor sólo adquieren virtualidad histórica en cuanto dan nacimiento a formas de trabajo, de producción y de reparto, o a movimientos de grupos sociales hacia nuevas formas y sólo por medio de estas. Lo que quiere decir que sin las modalidades de la vida económica suscitadas, pero no forjadas por la una y el otro, esos grandes impulsos primarios que no habrían salido del reino biológico, no actuarían en la historia social. No son, pues, factores sociales sino por vía indirecta. Son factores biológicos, y sabido es que, sea cual fuere la dependencia de la sociedad frente a la naturaleza y la relación entre las cosas de la existencia social y las leyes que regulan la vida, no deben perderse nunca de vista, como lo enseña Durkeim, las diferencias entre el fenómeno social y el biológico. Esto no puede ser obstáculo, como ya lo hemos dicho,

a la confrontación de fenómenos equivalentes, cada uno en su esfera propia, ni a los esfuerzos para hacer de la vida social un medio cada vez más propicio y apto a los fines biológicos del hombre. Hay, por lo demás, ciertas leyes biológicas que actúan sobre la sociedad, porque la sociedad está en la vida y es vida. El medio social se desprende de lo biológico, sin desvincularse nunca de él. Pero las sociedades tienen fenómenos propios y los hechos sociales son cosa profundamente distinta de los hechos biológicos.

«La evolución social — dice Roberty — no puede ser confundida con la evolución biológica.» Es lo que sostiene asimismo De Greef, para quien «la moral social es también el producto de la organización colectiva. Las costumbres y la moral no son exclusivamente biológicas y psicológicas, producto de la vida individual» (*Introduction à la biologie*, vol. I). De serlo, ellas serían — añade — exclusivamente determinadas por la constitución fisiológica, lo que no puede admitirse. Pero es indudable que en ciertos estados de la evolución social, la sociología, como dice el mismo De Greef, tiende a confundirse con la biología. «Lo que distingue esencialmente — según él — todo organismo social de todo organismo individual es el concurso mutuamente consentido, sea instintivamente, sea de una manera razonada y metódica.» Y cuanto más reviste este «consentimiento» las formas inteligentes y libres, cuanto más es razonado y metódico, más entramos en el campo de la sociología pura; así, como cuando «ese consentimiento degenera y cae en las formas inferiores y simples del instinto y la acción refleja», descendemos al terreno de la biología.

Las leyes biológicas, por tanto, rigen el fenómeno social cuando la sociedad permanece sometida al imperio de la naturaleza, encarnado en el medio cósmico y en el medio fisiológico.

Hay fases de la sociedad en que puede considerársele como natural o biológica. En esas fases la vida social se moldea directamente sobre la vida fisiológica y marcha al compás de las necesidades primordiales del animal humano.

De Greef, sin embargo, exagera y se contradice, como lo hace notar Draghiesco, cuando, después de marcar al igual que Durkeim, Giddis, de Roberty, Izoulé, Renouvier, Michel, etc., una

neta separación entre el determinismo social y el determinismo biológico, dice que «la naturaleza del organismo social está ya determinada por la de los órganos individuales» y que «es particularmente en la estructura y el funcionamiento del sistema nervioso, donde debemos buscar las bases y las condiciones del sistema social». Olvida que el hombre crea instrumentos que le dotan de órganos artificiales o modifican el alcance funcional de sus órganos naturales, y que estos nuevos órganos deben por fuerza actuar sobre la naturaleza del organismo social.

La predeterminación de los órganos individuales no puede prevalecer sobre la acción progresiva de renovación de las condiciones individuales y sociales que la técnica industrial comienza a ejercer desde sus más rudimentarias y remotísimas apariciones.

Morgan (*System of Cansanguinity*) explica admirablemente esa acción decisiva de los inventos sobre las condiciones y naturaleza de las sociedades. El uso del fuego, por ejemplo, torna comestible la pesca. Con este nuevo alimento los hombres se independizan del clima y de los lugares, porque pueden seguir el curso de los ríos y las orillas del mar, esparciéndose así por la mayor parte del planeta.

VIII

Por lo que antecede se ve que es posible hablar — al menos en lo que atañe a las fases sociales de la prehistoria — de un determinismo social de la alimentación a cuya naturaleza — por otra parte — Bukle concede gran influencia en la suerte de los pueblos modernos (*Historia de la civilización en Inglaterra*). El siguiente pasaje de Morgan es muy ilustrativo al respecto: «Nunca hubo pueblos exclusivamente cazadores, como cuéntase en libros, es decir, que vivieran sólo de la caza, porque el resultado de ésta no es del todo seguro. Efecto de la constante incertidumbre de los medios de alimentación, parece establecerse durante este estudio la costumbre de la antropofagia, que desde entonces se sostiene durante mucho tiempo.»

Y luego, hablando del *Estadio superior* del estado salvaje, dice que « principia por la invención del arco y de la flecha, merced a los cuales la caza llega a ser un alimento creciente y el cazar una de las ramas habituales del trabajo ».

La necesidad de cazar para alimentarse llevó al hombre a la invención del arco y de la flecha, que fueron tan decisivos para el estado salvaje como la espada de hierro para la barbarie y el arma de fuego para la civilización moderna (Morgan).

No es difícil reconstruir el proceso que conduce de las necesidades fisiológicas del hombre a las primeras actividades económicas, y de éstas a las primeras relaciones sociales. El hambre naturalmente aparece en la historia como un primer móvil de actividades humanas. En los primeros tiempos de su prehistoria el hombre sólo trabaja para comer. Entonces, como más adelante, el fin esencial a que obedecía era — para decirlo con palabras de Engels — (*Origen de la familia*), « la producción y la reproducción de la vida inmediata ». Satisfacía el hambre de la especie; y trabajaba para su propio sustento y el de su prole.

Según Morgan la « producción y reproducción de la vida inmediata » son de dos clases. Una es la producción de los medios de existencia, de todo lo que sirve para alimento, vestido, habitación y de los objetos que para ello se necesitan. Otra es la producción del hombre mismo, la propagación de la especie.

El trabajo para atender al sustento, desde las primeras y más rudimentarias artes de la caza y de la pesca con el auxilio de armas y arneses fabricados al efecto, significa ya la aplicación del ingenio humano y la aparición histórica de la inteligencia. Porque sin duda el primer acto histórico del hombre es aquel por el cual se fabrica un instrumento, aunque lo fabrique solo, sin la ayuda de nadie y para sí exclusivamente.

Los antropólogos y los historiadores del período prehistórico han reconocido la trascendencia histórica de los útiles que forman o traducen la técnica de la producción y de la vida, y han dividido la historia del progreso según la materia empleada, distinguiendo la edad de la piedra, la del bronce y la del hierro. « Son los primeros inventos, los que han sido decisivos — afirma Berr — cuando la mano, cada vez más

hábil, se ha dedicado a fabricar instrumentos artificiales que la prolongan, para la defensa y el ataque, para la multiplicación de las utilidades, para el mejoramiento de la vida. Completada con la herramienta, el órgano de acción sobre las cosas se convierte a su vez en instrumento universal. O más exactamente, es el cerebro el que se convierte en este último, el cerebro que se desarrolla maravillosamente por el efecto mismo de las herramientas que la mano le permite realizar» (*La mano y la herramienta*).

Hemos hablado de la función de la industria humana en la génesis del alma colectiva o conciencia social. La influencia de la técnica desde el punto de vista del progreso del espíritu humano en el individuo, nos parece asimismo innegable. « Si existe una mecánica y una física concretas en el ejercicio de las energías musculares, la extensión de estas energías por medio de la técnica supone una representación suficientemente objetiva del mundo material y, al menos, el sentimiento neto de una cierta regularidad en las cosas. La ley de casualidad, antes de ser concebida, ha sido sentida, cada vez más, por el despliegue de la actividad humana en un mundo regido por esta ley y del que el hombre es parte integrante. La técnica ha precedido a la tecnología y con mayor razón a la ciencia; pero ha preparado a ambas. La técnica, según Ribot, es madre de la lógica racional» (Berr, obra citada).

Recordemos a este propósito las palabras de Proudhon: « ¿Cuál es la intuición fundamental del genio humano? La idea de equilibrio. Todos los instrumentos rudimentarios del trabajo son variaciones de la palanca: es el fundamento incommovible de toda operación industrial: *Detur mihi punctum, et terram movebo*.

« ¿Cómo movida por la espontaneidad se ha despertado la inteligencia? Por la práctica inevitable del análisis. Todas las herramientas de trabajo son instrumentos analíticos... La idea abstracta deriva del forzoso análisis del trabajo; y con ella surgen el signo, la metafísica, la poesía, la religión y finalmente la ciencia, que no es más que el retorno del espíritu a la mecánica industrial» (*L'Éducation*).

La habilidad alcanzada por el hombre para producir sus me-

dios de vida, es, al decir de Morgan, lo más apropiado para establecer el grado de superioridad y de dominio de la humanidad sobre la naturaleza.

« El ser humano es, entre todos los seres, el único que ha logrado hacerse dueño, casi en absoluto, de la producción de sus elementos de vida. Todas las grandes épocas del progreso de la humanidad coinciden de un modo más o menos directo con las épocas en que se propagan los medios de alimentarse » (Morgan).

¡ Producir ! Esa palabra encierra el destino del hombre y el secreto de su suerte. Toda la historia humana se tiende desde el hambre hacia su incesante satisfacción... Hambre del organismo animal al principio; hambre de la vida social después; hambre del espíritu más adelante. Producir alimentos para la primera; producir elementos de convivencia y civilización para la segunda; producir artículos de belleza, frutos del saber, floraciones de cultura para la tercera.

La humanidad trabaja para esas tres hambres. Hunde día tras día sus manos maravillosas en las entrañas del mundo y las levanta cargadas de dones que entrega a las voracidades impacientes y múltiples de la vida. No a todas las bocas llega el pan ni a todos los espíritus la flor. El trabajo no se detiene por eso. Desde el fondo de la vida contemporánea las tres hambres reclaman su parte; pero nunca hay para todos, porque algunos retienen para sí lo que no les pertenece, o porque los hombres no han aprendido aún a producir en la solidaridad y en la armonía para que reine constantemente la abundancia.

EMILIO FRUGONI.

Montevideo, noviembre de 1926.